



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA

MANUEL DE LOPE

Escribía Manuel de Lope hace no mucho que lo que importa de un escritor no son las anécdotas, ni siquiera el oro de la memoria, sino lo que escribe: en su caso, aparte de tres incursiones en el teatro y algunos relatos más o menos cortos, once novelas. Las tres primeras, *Albertina en el país de los Garamantes* (1978), *El otoño del siglo* (1980), y *Los labios del vermut* (1982), al decir de la crítica, son de tipo experimental y hunden sus raíces allí donde convergen los vanguardistas franceses, los hispanoamericanos del “boom” y algunos españoles como Juan García Hortelano, Juan Benet y Juan Marsé.

Fue Carlos Barral el primero que apostó por él cuando le publicó su proustiana *Albertina...*, pero De Lope era y siguió siendo por entonces un raro.

Tras la primera serie el autor entró en una fase más transparente: la prosa se depura, el argumento se aclara, pero los relatos, nutridos de vivencias personales, siguen siendo de tipo fragmentario, concebidos como retazos de una continuidad: así en *Jardines de África* (1985), *Madrid continental* (1987) y *Octubre en el menú* (1989). Desde *Madrid continental* la crítica empezó a hacerle caso y a incluirlo en lo que vino a llamarse la “nueva narrativa”, dentro de las coordenadas posmodernas.

Con estas dos últimas novelas, reunidas en una edición del Círculo de Lectores en 1993, entré yo en el mundo de Manuel de Lope, atraída por las promesas del catálogo. De *Madrid continental* se decía que era novela picaresca y de aprendizaje que contaba la rocambolesca aventura de un huérfano atracador que iba en busca de su padre atravesando un laberinto de situaciones y personajes tan disparatados como enigmáticos. De *Octubre en el menú*, que era un ajuste de cuentas con un pasado personal y generacional, y en concreto la peripecia política, gastronómica y sentimental de una comuna de hippies de los años 70: aquellos jóvenes que decidieron llevar a la práctica el radicalismo utópico y acelerar el advenimiento de la armonía y el amor universales. Desde entonces me quedó la impresión de que Manuel de Lope era un tipo inteligente, independiente, contestatario sin pedantería ni acritud, curioso y excéntrico, apto para quienes gustamos del enigma de los personajes, cómplices de una mirada tan divertida como despiadada y atrapados en una palabra sin ganga retórica que funciona como un arma de precisión sin excluir los brillos de puñal de eso que se dice estilo y no es sino la marca verbal de la personalidad.

Después Manuel de Lope se sumergió en lo que, según algunos, parece otro ciclo narrativo: el de las historias familiares, que se abre con *Shakespeare al anochecer* (1993) y

sigue con *Bella en las tinieblas* (1997) y *La sangre ajena* (2000). La prosa sigue siendo espléndida pero los argumentos están mucho más trabados, como si de Lope hubiera pasado de lo que Unamuno llamaba novela “vivípara”, escrita en cierto modo “a lo que salga”, a la “ovípara”: la de argumento que parece cuidadosamente planificado, empollado como un huevo. En cierto modo una síntesis de los hallazgos novelísticos de los siglos XIX y XX. Los conflictos se han ido haciendo más hondos y dramáticos, y, sobre todo a partir de *Bella en las tinieblas*, alcanza el autor en sus ficciones una reconocida plenitud que tiene que ver con su potencia mítica y simbólica.

De Lope ha declarado que la intensidad obsesiva de *Bella en las tinieblas* le hizo necesario contrapesar el ejercicio con algo completamente diferente: *Las perlas peregrinas* (1998), una novela de amor, humor e intriga que es una desmelenada parodia del género policiaco. La esquizofrenia del autor culmina hasta la fecha en *La sangre ajena*, donde tras la catarsis hilarante de *Las perlas...* nos cuenta, desde un distanciamiento que él mismo califica de épico, un drama familiar sobre el telón de fondo de la guerra civil.

Hasta aquí, un resumen ordenado y teórico de su trayectoria.

En el mismo lugar donde De Lope se defendía de la curiosidad chismosa, decía también que “preguntar a un escritor por qué es escritor es como preguntar a un tigre por qué es un tigre”, y aclaraba que la comparación con un felino no era casual. A sus palabras me atengo en lo que sigue.

El tigre es originariamente un animal del norte desplazado hacia el sur. De esta migración conservó un pellejo incongruentemente peludo y una afición a la sombra que le quedó marcada en la piel. Salvaje, solitario, esquivo y cazador, merodea y defiende territorios personales amplios.

Manuel de Lope nació en Burgos, un norte, en 1949, y con quince años bajó a Madrid, donde empezó a cursar estudios de Ingeniería y Ciencias Económicas. Allí, en tomo al 67 y al 68, vivió el clima de disturbios antifranquistas. En el 69 fue confinado por motivos políticos y ese mismo año decidió exiliarse, iniciando un dilatado nomadismo que le llevó a instalarse primero en Montpellier, en cuya Universidad fue lector de español y donde empezó a escribir. Así, aparte de ganar en 1970 el Premio Jauja de cuentos, más tarde reuniría sus historias más breves en dos volúmenes: *Los amigos de Toti Tang* (1990) y *Música para tigres* (1999). No sabemos por qué se mudó a Ginebra, luego a Brighton y por fin a Aix-en-Provence. Viajó por África cuando la revolución de Etiopía, y regresó a España, ya para quedarse en Madrid, en 1993. Aquí tampoco se sabe gran cosa de los particulares de su vida, porque es hombre discreto que elude radiotertulias, shows televisivos y columnas periodísticas. En el segundo lustro de los 90 trabajó como asesor para la editorial Alfaguara y últimamente se permite vivir de la literatura, lo que quiere decir que aparte de ser “autor de culto”, también vende.

La huella de estas itinerancias se conserva en los escenarios de sus novelas: Suiza en *Octubre en el menú*, Etiopía en *Jardines de África*, Francia en la lengua original en que escribió *El otoño del siglo...* Por lo demás, y ante todo, su fondo sentimental, que diría Baroja, se nutre de espacios españoles que frecuentan sólidamente dos puntos: de un lado, Madrid, curiosamente asociado en su narrativa, junto al sur litoral y turístico, a unos aires más lúdicos y picarescos (pienso en *Madrid continental* o en *Las perlas peregrinas*); de otro lado, la comisa cantábrica, donde transcurren sus relatos más oscuros y trágicos (*Bella en las tinieblas* o *La sangre ajena*). Híbrido de norte y sur, su mejor estación novelesca parece ser el otoño al filo del invierno.

El tigre es cazador. Mata, mordiendo en el cuello, normalmente mamíferos de cualquier tamaño, pero puede llegar a nutrirse de los bichos más inverosímiles, insectos incluidos, y puede aficionarse a la caza del hombre. Al parecer, cuando es así la hembra del tigre transmite la costumbre a los cachorros.

Como novelista, Manuel de Lope puede devorar cualquier elemento, y lo mismo describe paisajes, domicilios y viandas que perlas, movimientos bélicos de la guerra civil en el frente norte o variedades de rosas. Pero su especialidad es el hombre, el corazón humano, y esta costumbre se transmite de unas novelas a otras. Dicen los diccionarios de símbolos que el tigre encarna un conjunto de pulsiones instintivas que inevitable y peligrosamente hemos de sufrir; dicen que esta naturaleza es más astuta, menos ciega que la del toro, y más feroz que la del perro salvaje, aunque igualmente inadaptada. Ver deambular un tigre en sueños significa estar expuesto a la bestialidad de sus impulsos instintivos, pero aun así el tigre fascina. Los personajes de Manuel de Lope suelen ser solitarios, inadaptados, delincuentes, pecadores, hay quien dice que antihéroes, pero lo fundamental es cómo el escritor va clavando la zarpa para poner al descubierto sus flujos más oscuros: esos donde la utopía hace aguas en el feroz egoísmo individual, donde más allá de la ideología y la circunstancia histórica está la fuerza ciega de la sangre, el instinto de supervivencia y depredación; esos donde el amor se vuelve odio, donde la piedad da en crimen, y al efecto en codicia, donde la perversión y la inocencia, la locura y la razón se confunden. En este sentido De Lope, diseccionador implacable hasta la crueldad, es un heredero de la gran novela realista decimonónica que escarba en la conciencia del individuo inmerso en la sociedad, aunque desde el siglo XX esa tarea de desguace se ejerza en los límites de la especulación y el escepticismo, de donde resulta no la ciencia sino el misterio, no la fórmula matemática sino la alegoría y el símbolo. En una leyenda griega se cuenta cómo Dionisos se transformó en tigre para seducir a una ninfa de Asia: de ahí el nombre del río Tigris. Esto se puede homologar con la mayor constante de Manuel de Lope: el análisis de todo lo que atrae eso que decimos o creemos amor y que puede manifestarse como cualquier otra cosa. Hasta la fecha el símbolo más poderoso de este mundo dionisiaco lo ha formulado de Lope en *Bella en las tinieblas*, en la gruta sulfurosa del balneario donde desde tiempo

inmemorial miran desde un mosaico romano los ojos ciegos de Medusa: en ella, toda la magia; sobre ella los jadeos del burdel de carretera; bajo ella toda la desolación del desamor y el vacío.

Fiel al signo del inconsciente, Manuel de Lope es y se declara escritor de obsesiones. De unas novelas a otras recurren algunos nombres y sobre todo tipos humanos siempre ambiguos y llenos de secretos: la cortesana madura, el abogado joven, el viejo médico de familia, la criada totémica y primitiva, el matón o gorila de medio pelo... Sólo el autor puede saber o sospechar las grietas de donde surgen estos fantasmas.

Decía Enrique Murillo, a la altura de 1993, que De Lope “tiene una visión arcádica, inocente, de la vida, esa visión propia de las leyendas y los relatos infantiles, que algunos escritores del Deep South norteamericano, como Eudora Welty, han desarrollado literariamente”. Ni en 1993 ni menos aún ahora se me hubiera ocurrido adjetivar la mirada de Manuel de Lope como inocente, menos aún arcádica, pero tal vez convenga revisar lo que entendemos a bote pronto por inocencia, que no necesariamente es pureza, candidez e ignorancia sino acaso el ejercicio de lo que uno es: en el caso del tigre literario, la escritura libre y carnícora, en esquiva soledad. Los animales cazan para comer. El tigre acaso escriba, y cito una reflexión del final de *Bella en las tinieblas*, por lo que sigue:

No sabía, o no podía expresar cuál era la libertad adquirida en la solitaria contemplación de las sombras, en la superación de los agravios que en el estricto sentido de la historia no le concernían, dudoso entre sentirse espectador o portador de ella. Podía o no podía adentrarse en su terreno, tal era su elección. A la manera de los novelistas podía estimar que la vida es una escuela, dando mayor participación a la tragedia y al misterio de la vida ajena que a la absoluta indiferencia de la propia, siempre al cabo o en la frontera de lo que parecía ser una inmediata revelación. No había que esperar revelaciones, suspiró el abogado reteniendo un bostezo, sino satisfacer el ejercicio de la inteligencia y el apaciguamiento de los sentidos.

Manuel de Lope es persona reservada y cortés, un poco a lo Baroja: un tipo de rincón, que observa mucho más de lo que habla. Pero hoy que lo que tenemos aquí, al darle la bienvenida, deseáramos profundamente que sin renunciar a la civilización nos hablase del tigre, y se sintiera a gusto para salir un rato del rincón.